



CURSO MASÓNICO 6016 - 6017 ∴ III CENTENARIO DE LA MASONERÍA UNIVERSAL

A L.: G.: D.: G.: A.: D.: U.:

L.: I.: F.:

## Mortales somos

Venerable Maestro,

QQ.: HH.: y HH<sup>as</sup>.: en vuestros Grados y calidades:

*“¿TÚ PIENSAS mucho en la muerte?”*, me preguntaba hace unos meses el Hermano y profesor Octavio Carrera, durante su intervención en el curso sobre Fundamentación en Francmasonería. Fue su respuesta a un comentario mío en el sentido de que, al fin y al cabo, la vida humana en la tierra está destinada a desaparecer; es decir, que tiene un final programado y determinado por las vicisitudes geológicas del planeta. *“Sí, pero para eso falta mucho”*, me dijo, y fue ahí cuando me preguntó si yo pensaba en la muerte con frecuencia. Esperaba, tal vez, que respondiera que no; pero dije que, a mi edad, alcanzados ya los 65, pienso en la muerte cada vez más.

Es así. Y no me refiero a la muerte iniciática, esa muerte simbólica que vivimos los masones: la muerte como transformación o como nacimiento a otra existencia en la que se deja atrás la vida anterior, marcada por la ignorancia y la oscuridad, para acceder a otra en la que reinan la luz y la búsqueda de la verdad y la perfección. La cuestión era sobre la muerte física, la muerte... en el mundo profano; la que se lleva de nuestro lado a nuestros amigos, compañeros, familiares, hermanos. La que se ha llevado a nuestro Hermano Jimmy, no ya simbólicamente, sino de la forma más brutalmente material y definitiva.

En mi época de estudiante, todavía en la dictadura, estaban vigentes aún los ecos del Existencialismo de procedencia francesa, aunque con referencias de Kierkegaard y de Unamuno. La angustia, el peso de la vida,

las dudas, el sentido de la existencia, la libertad y sus límites, la pasión inútil, la inseguridad, la amenaza atómica, el absurdo, el *ser-para-la-muerte*. La condena de tener un final incuestionable a un plazo, eso sí, incierto y variable: esa pena capital con la que naces, y que condiciona dramáticamente tu vida en el mundo.

Luego he entrado en contacto con otros planteamientos, que dan una visión más llevadera y menos desasosegante. La muerte se convierte así en algo consustancial y complementario a la vida, de modo que ésta no tendría sentido sin aquélla: un fenómeno biológico, insoslayable, que tenemos que asumir como natural, con el que hemos de acostumbrarnos a convivir sin angustias añadidas, y para el cual deberíamos estar preparados. Los budistas dicen que tenemos que considerar: “Puedo morirme esta noche”, pero que al mismo tiempo tenemos que estar y pensar en el momento presente, y vivirlo con plenitud, intensidad y plena consciencia.

Leí hace poco en *El País* un artículo sobre los últimos momentos de Ortega y Gasset, según el cual el filósofo se confesó y comulgó antes de morir y hasta besó un crucifijo en su lecho de muerte: es esto último lo que resaltaba llamativamente el titular de la noticia. Y pensé: también son ganas de destacar una cosa así. Porque, de ser cierto, lo cual es muy dudoso, porque dudosa es la fuente que se citaba en el texto, y además ese es un asunto viejo del que ya se habló tras la muerte Ortega, en pleno franquismo, y hasta sus propios hijos desmintieron en su día, según fuentes más autorizadas, esa supuesta “reconciliación” de última hora de su padre con la Iglesia... Pero de ser cierto, repito, ¿supondría eso... inconsistencia o incoherencia por parte del escritor, un pensador e intelectual que en su vida pública y sus escritos se manifestó como no católico y partidario de un Estado laico en el que no hubiera privilegios ni patente de predominio para la Iglesia Católica ni para ninguna otra iglesia o religión, pero que también rechazó la etiqueta de comecuras y el sambenito de anticlerical que le habían asignado? No creo que fuera justo decirlo. ¿Podrían las dudas, el recelo, los miedos, en esos momentos finales de un ser humano, o la presión del entorno en algún caso, cambiar la actitud, la visión o la percepción mantenida razonablemente a lo largo de una vida?

Me hacía estas preguntas mientras intentaba imaginar con admiración y con un cariñoso toque de humor buñuelesco, a nuestro querido Jimmy besando un crucifijo antes de su muerte... y no podía. Él, que era tan nítido en su ateísmo, basándose estrictamente en la razón, y tan rotundo en su desdén por las religiones y en su negativa a creer en cualquier forma de existencia o de ser más allá de la muerte. Debo decir que a mí me resultaba

atractivo ese rasgo de su personalidad, y que me sentía próximo a él en esa forma de pensar y de sentir. Yo no puedo sino decir que soy ateo cuando se habla de esa cuestión.

Según la Real Academia, ateo es el que niega la existencia de cualquier Dios. Yo no voy por ahí negando la existencia de Dios por las calles. Pero por *negar* entiende la Academia, entre otras cosas, dejar de reconocer algo o no admitir su existencia. O sea que según eso soy ateo. La razón me lleva a no... *admitir* que exista un dios ni varios o muchos dioses, salvo en el inconsciente colectivo y en el universo de los arquetipos y la mitología, donde sí existen y son muy reales. Ahora bien, suelo decir, citando a Luis Buñuel, que, como él, soy “ateo, gracias a Dios”.

Creo entender el sentido y hasta la razón de ser de las religiones. Solo las rechazo cuando manipulan a sus fieles y se sirven de ellos, o cuando, en términos de religiones oficiales, reclaman privilegios o invaden el ámbito público, cuando exigen ser una referencia obligada para el derecho y las leyes y marcar la vida y el comportamiento de los ciudadanos, sean estos creyentes o no. Y no me considero anticlerical, más allá de la indignación que me produce la actitud poco edificante de ciertos dignatarios de las Iglesias y la vida nada ejemplar de muchos sacerdotes.

He conocido, en algún viaje a África, el trabajo ingente y esforzado que realizan numerosas órdenes religiosas en el terreno educativo o sanitario; misioneros, hombres y mujeres, que se ocupan de la salud diaria de decenas de miles de personas, o que dan formación a grupos de jóvenes que así pueden soñar con un futuro digno o que se ocupan de defender y proteger a grupos étnicos, como los pigmeos, hostigados y amenazada su supervivencia. Una tarea vital para muchos, muchos seres humanos, aunque algunos le quiten importancia diciendo que con eso no se va al fondo del problema, y que así no se acaba con la pobreza y el subdesarrollo ni se resuelven los enormes problemas globales del continente africano. Esos misioneros trabajan en climas durísimos y en condiciones tremendamente incómodas. Y por supuesto son religiosos, creen en Dios y en la otra vida, es de suponer; pero, sobre todo, creen en lo que hacen. Y pienso también que, si de repente alguien les convenciera de que no existe Dios y de no hay nada después de la muerte, ninguno de ellos se precipitaría a dejarlo todo: no dejarían tirados a sus pacientes o sus alumnos para marcharse de juerga a la ciudad y dedicarse a cultivar el pecado a partir de ese momento. Seguirían con su tarea, como cada día. Hay una frase llena de sentido que se atribuye a Lutero: “*Aunque supiera que mañana se acaba el mundo, yo hoy todavía plantaría un árbol*”. Lo

cual resulta bien distinto de ese dicho español: *“Total, para lo que nos queda en el convento”*.

Nuestro hermano Jimmy no creía en Dios, ni en el alma inmortal, ni en la resurrección de la carne, pero creía en el ser humano y en sus posibilidades, y en la filantropía y en la solidaridad y en la defensa de los derechos humanos y en el valor de la ayuda a nuestros semejantes. Era un ejemplo para los masones, que estamos obligados a creer (y por eso hemos llamado a las puertas de la orden) que podemos y debemos mejorar, que la humanidad es perfectible, por mucho que los manuales de historia y la lectura de los periódicos nos hagan dudar muchas veces. Él creía en el valor del trabajo conjunto, gracias al cual se puede ayudar a resolver problemas y se pueden corregir injusticias, aunque no se acabará con toda LA INJUSTICIA en el mundo, porque, como dice Thérèse Willekens en su libro destinado a los aprendices, “la Masonería no es mesiánica”.

Y para eso, nosotros mismos, individualmente, estamos obligados a ser mejores personas cada día: estamos obligados a creer que es posible y a intentarlo, aunque también aquí surgen dudas: uno no ve claros a veces los progresos con la piedra bruta personal. En mi caso, he pensado que no debo comunicar espontáneamente mi condición de masón a mis amigos o mis compañeros más cercanos de tertulia o de mesa (aunque a veces me tienta, y doy por hecho que si surgiera el tema y me lo preguntaran, no lo negaría), porque no estoy seguro de ser un buen ejemplo, una buena representación de la orden.

Jimmy lo era. Aunque no tuviera mucho interés en la trascendencia. Ya he dicho que yo compartía bastante de su actitud y su forma de pensar, pero soy menos consecuente, quizá más acomodaticio, entre la razón y lo romántico-imaginativo. Creo en la meditación y siento una cierta fascinación por lo contemplativo y sus connotaciones de sosiego y paz espiritual, que a veces pienso que es lo importante, aunque no actúe en consecuencia.

El ser humano es material, pero es capaz de crear pensamientos elevados, sublimes, y tiene potencialidades psíquicas y espirituales inauditas; pese a lo cual, estoy convencido de que, lamentablemente, estamos hechos de forma que todo acaba con la muerte: el juego es así, pero nos hace ilusión (y a uno también le haría ilusión) poder creer que no es todo tan concluyente.

A veces, una lectura o una película me hacen pensar que algo más podría haber. Me impresionó mucho *Mas allá de la vida*, una película del año 2010 dirigida por Clint Eastwood, con un guion admirablemente serio: historias cruzadas en torno a los límites entre la vida y la muerte y sobre

personas que han llegado a ese estado de casi-muerte, y han vuelto tras haber entrevisto supuestamente un mundo de figuras amables y tranquilizadoras, de paz y de luz. Pero era ficción, imaginación.

Creo en el poder de lo espiritual, y que existe un gran mundo más allá de lo material y tangible al que no debemos renunciar. Los masones decimos que lo que haces te hace. Creo, también, que lo que haces por los demás lo haces por ti mismo, y a partir de ahí creo igualmente, y lo digo, que existe, en las modalidades que sean, eso que llaman *karma*: ese conjunto de buenas acciones que forman, para quien las lleva a cabo, un patrimonio de energía espiritual que trabaja a su favor, que ofrece réditos con los que no se compran bienes de consumo pero sí aportan paz, y hasta donde es posible, felicidad. Lo creo, porque, como dice un personaje de una preciosa película del año 1937, que he vuelto a ver en vídeo esta semana pasada, Horizontes Perdidos, sobre la utopía de Sangri-La (que existe, sin duda, envuelta y protegida entre las altísimas, inaccesibles, cumbres del Tíbet), “*lo creo -dice el personaje-, porque quiero creerlo*”. Pienso que ahí está una de las claves centrales de la cuestión. Tengo que aclarar, con dolor, que mi *karma* debe de estar en déficit, bastante necesitado de buenas acciones.

Un hermano de la logia, especialmente querido, me contó que él rezó una oración ante el cadáver de Jimmy en un momento en que estuvo a solas con él, y me pareció algo admirable, aun cuando el hermano fallecido no fuera un hombre religioso. Cada uno ofrece a quienes quiere... lo que él mismo más aprecia y valora, y hace por ellos lo que mejor puede y sabe hacer. Ese es aquí el sentido del “haz por los demás lo que te gustaría que hicieran por ti”. Desde su sitio lugar en el Oriente Eterno, ese lugar de luz perpetua donde los masones viajan simbólicamente al morir (lo que llega a considerarse la última iniciación o la iniciación suprema), desde allí, Jimmy habrá agradecido emocionado esa oración, aunque él no creyera en la eternidad.

Hace dos o tres semanas recibí, como cada año por la Navidad, una carta de las monjitas que cuidan a ancianos desvalidos, solicitándome un donativo. Se lo voy a enviar como una buena acción. A cambio, dice el folleto que rezarán por mí y me incluirán en las intenciones de las misas. Podía decirles que no se molesten, que yo no soy religioso ni creo en Dios, pero no haré. Que alguien ruegue mí y desee mi bien no está de más. Y las monjitas expresan su agradecimiento del modo que pueden y saben. Lo que no saben es cuando les envió el donativo lo que más tengo en cuenta es que me va a desgravar en la declaración de la Renta. Aunque quizá se lo imaginan: están en el mundo. Pero mi *karma* no habrá mejorado casi nada.



En la Logia, por fortuna, caben todas las sensibilidades: las creencias y los descreimientos. Los buenos ejemplos y los... menos buenos. Y desde luego todas las formas de pensar y de sentir; todas son imprescindibles y están para ser expresadas y compartidas. Esa es la riqueza, el tesoro de nuestra biodiversidad, que debemos valorar y reivindicar.

He dicho, V.: M.:

*En el O.: de Madrid, enero de 6016 (v.: L.).*

**H.: Enrique Peris**  
Aprendiz Francmasón